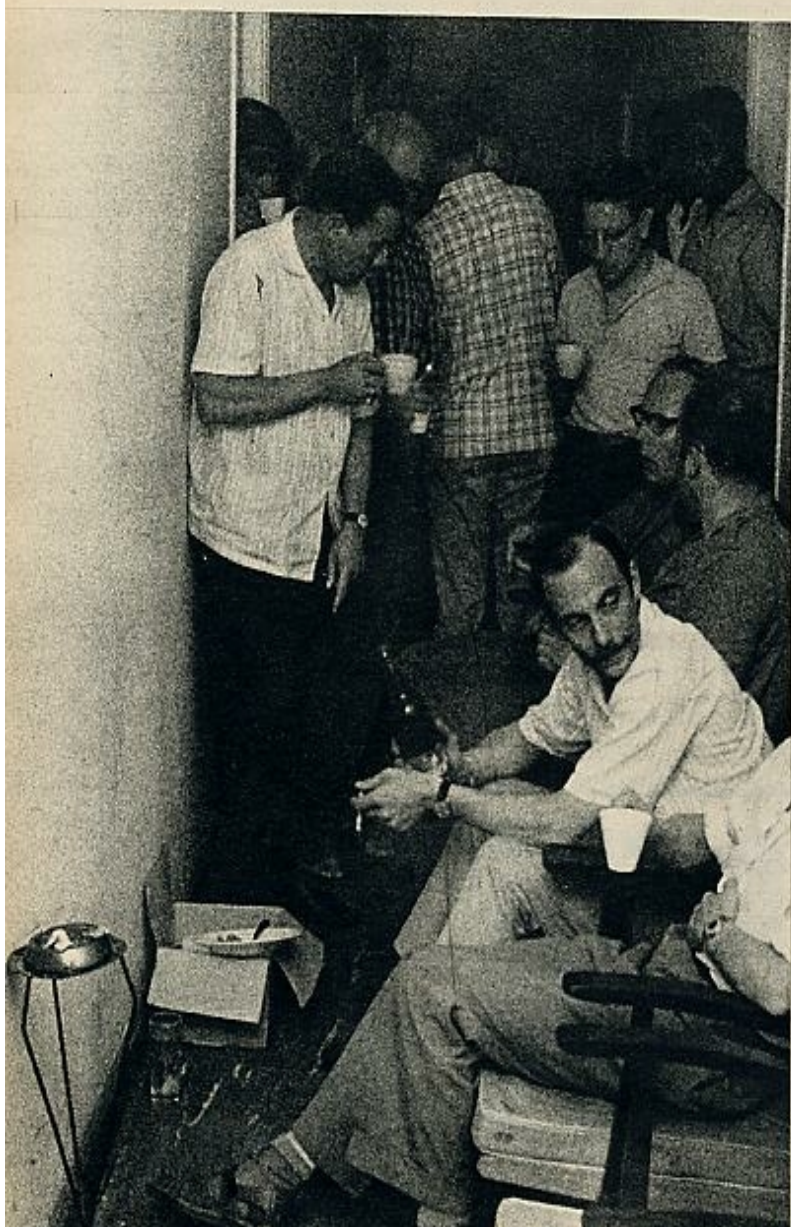
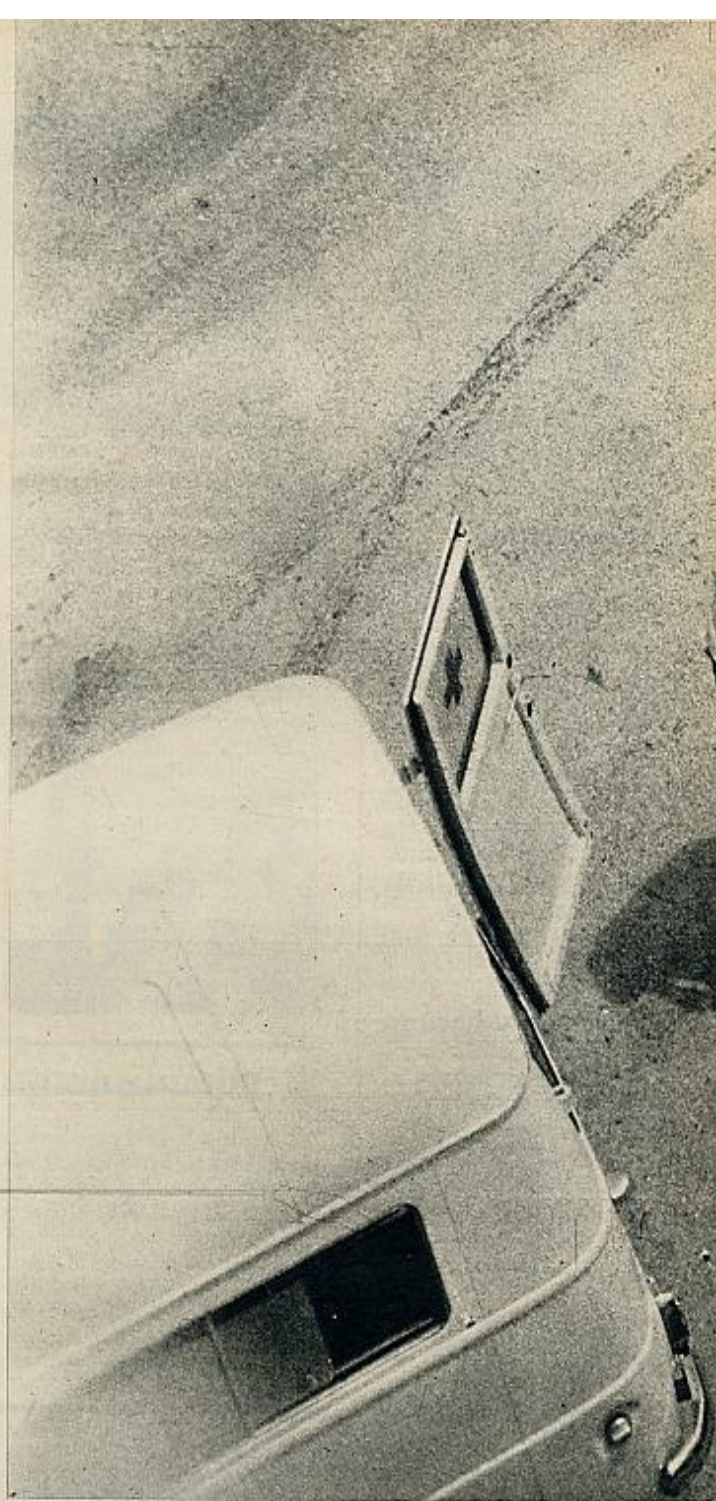


CONGO

EL FRACASO DE UNA INTENTONA



Charles Gries, autor de este reportaje gráfico, fue uno de los periodistas cogidos como rehenes por los mercenarios amotinados en Kisangani y partidarios de Tshombé. Los rehenes (a la izquierda) fueron liberados por el Ejército Nacional Congoleño. En la foto superior, el cadáver de un congoleño que había pretendido huir y, sobre estas líneas, la vuelta a Kinshasa de los rehenes rescatados.



TESTIGO EN KINSHASA

A CABO de vivir, hora a hora, la última guerra del Congo. Cada hora nos traía un nuevo elemento que destruía todo lo que creíamos una hora antes. He vivido esta guerra en Kinshasa, ignorando totalmente lo que realmente sucedía a 2.000 km. de aquí, en Kisangani (antes Stanleyville) y en Bukavu. He vivido en la febrilidad que dan el alejamiento, la impresión física de sentirse perdida, abandonada en el centro de África, cortada de mi país, separada incluso del mundo que me

rodeaba por el color simplemente de mi piel, que me convertía en objeto de odio. En la calle se me injuriaba y las mujeres me hacían burla. Llegué a tener miedo.

Me encontraba en medio de un pueblo traumatizado por la colonización, entre gentes que hace siete años no podían circular por el centro de la ciudad sin un «pase» que demostrara que trabajaban para un blanco. Por el contrario, encontré a otros africanos que me hablaron con simpatía de Francia; senegaleses, gaboneses, maliniamos, nigerianos que me de-

cían: «Diga Vd. que Francia es un gran país, que los congoleños colaboran al fin con Francia. Nos hará un gran favor a todos».

La cosa comenzó en el patio del Memling Palace, a las 6 de la tarde, el 5 de julio. Nunca se había oído tan distintamente el ruido de la fuente, el chorro del agua entre los guijarros. Nadie hablaba. No pasaba un cuarto de hora sin que la radio anunciara el estado de alarma y el toque de queda para todos los europeos a partir de las seis de la tarde hasta las seis de la mañana.

las fuerzas del mal

La radio había dicho: los europeos. Pero en su comunicado en *lingala* (lengua de los congoleños de Kinshasa, una falsa lengua africana, implantada por los colonos, una lengua pobre, puesto que no cuenta más que 250 palabras cogidas de las tres grandes lenguas del Congo) no se había hablado de europeos sino de *mundele*. Es decir, los blancos.

Todos los *mundele* del hotel estaban en el patio, mu- **SIGUE**

dos, pálidos. con las maletas preparadas. todos los «boys» del hotel habían abandonado los siete pisos para reunirse en el hall, mudos también, aunque más tranquilos que nosotros.

Por un nuevo comunicado nos enteramos que las «fuerzas del mal» habían desembarcado aquella mañana en Kisangani, a las seis y media, en dos aviones repletos de mercenarios extranjeros. El Consejo de Seguridad estaba sorprendido y el delegado francés tuvo que pedir una información complementaria que provocó las protestas furiosas de las autoridades congoleñas, pero esto nos pareció totalmente normal dado que no se sabía nada acerca de los hechos. Se sabía que había una revuelta a mil ochocientos kilómetros al nordeste de la capital, en Kisangani, y otra en Bukavu, dos kilómetros al este. Nada más.

La radio anunció al día siguiente que un grupo de periodistas (entre ellos, Kerbouch, de «Combats») habían sido probablemente matados al llegar a Kisangani. No se volvió a hablar de esto, ni el día siguiente, ni al otro, a pesar de que se había anunciado «la victoria de las valerosas tropas congoleñas». Mi planteamiento fue el siguiente, y así lo expuse: O bien el ejército había realmente reconquistado Kisangani, y en este caso nada impedía que se enviara un avión militar para informar acerca de la suerte de los periodistas, o bien era falso hablar de victoria. Aquella misma tarde y al día siguiente por la mañana, la radio de Estado volvía a hablar de los periodistas para decir que no se sabía absolutamente nada de ellos.

Fue a los cinco días de haber anunciado su supuesta muerte cuando se habló de ellos como de «rehenes»; hombres, mujeres, niños eran rehenes de los mercenarios; el ejército no controlaba más que las tres cuartas partes de la ciudad y no se atrevía a atacar el aeródromo para salvar a los huéspedes.

schramm el infocable

El 14 de julio radio Kinshasa anunció que un avión de la Cruz Roja Internacional había salvado a los rehenes civiles y a los periodistas. Habrá que esperar la vuelta de estos para saber lo que realmente ha pasado. Es decir, si efectivamente cayeron o no del cielo mercenarios y en qué forma estas gentes fueron capturadas como rehenes. Lo cierto es que mercenarios que se encontraban en Kisangani y en Bukavu, franceses, belgas, españoles y británicos, enrola-

dos desde hacía un año en el ejército nacional congoleño, se habían amotinado.

Ya el año pasado se habían rebelado apoderándose de tres jeeps. Iban al mando del «coronel» Bob Denard, ex jefe del ejército francés y ex adjunto de Faulques (ex coronel golpista, que volvió al servicio dentro de las tropas monárquicas del Yemen). Se dice que se amotinaron porque no cobraban el sueldo desde hacía varios meses; pero el brazo derecho del presidente Mobutu, el comandante belga Powis, me ha jurado que no hubo nada de esto. «Les pagó todos los meses puntualmente el agregado militar en Bruselas, y Denard, por su parte, recibía 120.000 francos belgas y 200.000 francos congoleños al mes. Además de esto, los botines del pillaje...». ¿A quién creer?

Se sabe que en Bukavu otros mercenarios, ayudados por antiguos gendarmes katangués y por los hombres de un colono belga, Schramm, se amotinaron también.

Schramm es un típico producto del Congo. De antiguo mercenario, se convirtió en gran colono, propietario de una plantación gigantesca y pro-

pietario prácticamente también de sus empleados. Schramm era tan poderoso que en el momento de la rebelión ni los rebeldes, ni el ejército nacional, ni los mercenarios se atrevieron jamás a atravesar sus tierras.

el plan kerillis

Antes del 5 de julio, yo estaba persuadido, sin saber por qué, que iba a pasar algo. Había solicitado un encuentro con Denard y se me había respondido que llegaría al día siguiente a la capital, sin explicarme lo que iba a hacer aquí. Aparte de esto, advertí la víspera del golpe que el español comandante De Velasco (1), jefe de los mercenarios de Kinshasa, no estaba, por primera vez desde hacía una semana, vestido de civil.

Me dije que tenía que haber algún ligamen entre todo esto y el rapto de Tshombé: Decidí permanecer en Kinshasa con un fotógrafo y un cámara belgas, un periodista inglés y otro holandés, a pesar de que nuestros compañeros se embarcaban para

(1) Según una nota facilitada por el Ministerio del Ejército, el llamado comandante de Velasco no mantiene nexo alguno con el Ejército Español.

ir a visitar el kivu y el parque Albert.

Existía efectivamente un nexo, pero las cosas no sucedieron como habíamos previsto nosotros. El general presidente Mobutu al saber que un complot —el plan Kerillis— pretendía traer a Tshombé al Congo y liquidarle a él, Mobutu, se apoderó de Tshombé rápidamente expidiéndole por la fuerza a Argel. Al mismo tiempo, los mercenarios eran confinados el miércoles por la mañana y detenido su comandante, De Velasco.

Es seguro que no sabremos hasta que pase bastante tiempo las razones por las que se amotinaron los mercenarios: si era para cobrar sus sueldos o si ejecutaron el plan Kerillis creyendo que la capital lo seguiría, o si, al enterarse de que el complot se había venido abajo, habían pretendido simplemente salvar la vida.

Hasta el miércoles 5 de julio, el caso Tshombé se resumía en una pregunta: ¿Iba a aceptar Argelia el «paquete» que le traía un avión procedente de España? ¿Iba a reexpedir al «mayor traidor de Africa» a su dorado exilio —tres mil millones de francos belgas guardados en varios bancos suizos, según se dice— o en-

Mercenarios patrullan por las calles de Kisangani después de uno de los ataques del Ejército Nacional Congoleño, que p...



regarle al Congo, donde un tribunal militar le condenó a muerte por alta traición el pasado 13 de marzo?

un recuerdo bochornoso

Pregunté a la gente por las calles. Para ellos la cosa ya estaba arreglada. Lo iban a traer y lo iban a colgar. El chófer de un taxi me respondió:

—¿Tshombé? Sí, va a llegar y el sábado será ejecutado.

El 4 de julio el diario «La Estrella del Congo» hablaba del difunto en potencia y, al día siguiente, «La Tribuna», otro diario, titulaba en caracteres enormes: «El traidor de África, el asesino de Patricio Lumumba, Tshombé, será ejecutado públicamente».

Pero el gobierno congoleño no parecía desear tanto como el pueblo creía la vuelta de Tshombé. Me habían asegurado que Mungul Diaka, que encabezaba la delegación congoleña en Argel, tenía la misión de no reconocer a Tshombé.

Quizá esto se debía a que el general Mobutu no estaba tan seguro cor-



Congoleños se dedicaron al pillaje, aprovechándose de la revuelta de los mercenarios partidarios de Tshombé; fueron reprimidos por los soldados del A. N. C.

CONGO

Aquella tarde tuve miedo. De las preguntas que me dirigían los soldados que me acompañaban, únicamente entendía una palabra, *mundsle* —que me negaba a entender—. Durante el trayecto se me hacía difícil no pensar en las incitaciones de la radio... Dos días antes se exhortaba a «tomar las azadas, los machetes, las lanzas y las flechas emponzoñadas, con el fin de destrozarse al resto de los agresores imperialistas que creen poder aterrorizar a nuestras poblaciones con las balas y la pólvora de Occidentes». Me era difícil no recordar que yo había oído durante el día que por lo menos cinco belgas y dos griegos —entre ellos un muchacho de 16 años— habían sido abatidos después del toque de queda en Lubumbashi. Que en Kisangani, que en Bukavu, se habían producido «masacres» de la población civil. Que se me habían mostrado, dos horas antes, fotografías de la secesión katanegña, en las cuales yo había visto soldados de la A. N. C. blandir piernas de blancos...

cacahuets obligatorios

Un mercenario me había contado tranquilamente que él había vendido, personalmente, orejas de simbas embalsamadas por 20 dólares a los turistas americanos... En una ocasión conseguí un librito publicado en inglés con fotografías atestiguando los excesos de las tropas del rey Leopoldo sobre la población congoleña. Se veían muchachos, hombres y ancianos con las manos cortadas por los soldados, los brazos cortados, las piernas partidas. Pero estas imágenes, de las cuales me acordaba también, no borraban las anteriores.

Algunos días antes, durante un viaje a Katanga, yo había escuchado la conversación espantosamente racista de unos belgas. Los propietarios de bares me explican que ellos ofrecen cacahuets con la cerveza, lo cual les permite vender el vaso a 50 francos en lugar de a 17: «Con esto ellos no nos invaden más...» Este «ellos» colectivo, que revelaba todos sus propósitos, me había asqueado. Pero esas gentes me habían descrito también, y yo lo había podido comprobar, la debilidad de su situación y el encarcelamiento mediante cualquier engaño. Así, llegué a comprender su miedo, el de todas las minorías.

SIGUE

mo afirmaba de controlar el país, o quizá también porque recordaba ahora algo que le abochorna, el recuerdo de una cuádruple ejecución que aterrorizó a los occidentales y que tuvo lugar el año pasado en Pentecostés: 250.000 negros llegaron para presenciar el espectáculo de cuatro ahorcados.

«tenemos nuestras costumbres»

Con este gesto, Mobutu no había perdido el tiempo. Los congoleños se enteraron de pronto que el general-presidente no tomaba las cosas a chacota o que en todo caso no había posibilidad de chancarse con él y que había dejado de ser, como él mismo dice, «el gran mudo». Ni siquiera se sustrajo a las entrevistas de los extranjeros que estaban ligeramente sorprendidos, o mejor, asombrados.

En una ocasión, el 7 de julio, envié por telex a mi periódico una de esas entrevistas, publicada por el alto Comisariado de Información en un libro titulado «24 de noviembre» (24 de noviembre de 1965, fecha de la llegada de Mobutu al poder...), pues bien, esta entrevista no llegó nunca a su destino. Dos días más tarde me enteré por el censor de correos que se había abierto una «investigación»

sobre mí y que, a los cuatro días, la investigación continuaba.

Yo no había hecho más que transmitir estas palabras del presidente a un periodista belga:

—Aquí, mi querido amigo, nosotros no somos europeos, nosotros somos bantús... Nosotros tenemos nuestras costumbres, que no son las vuestras y que no lo serán jamás... Cuando un jefe decide, es que decide. Y yo he decidido.

Cuando la tarde declina, a las seis, a la hora del toque de queda, la población blanca de Kinshasa se siente cercada por el peligro de este «bantúista». Una tarde yo me tuve que quedar en correos hasta las 6,35 para poner una conferencia a mi diario. La hora legal fijada para el toque de queda eran las seis, pero yo sabía que se arrestaba a partir de las 5,30. Yo había visto gentes arrestadas y maltratadas. Había visto a un belga arrestado al que se le pedía un rescate de 25.000 francos —que el sacó tranquilamente de la cartera por miedo—. Numerosos embajadores y diplomáticos africanos también habían sido arrestados... Pedí al censor que me acompañara un militar —me lo concedió— y, aquella tarde, pude ver la ciudad, la inmensa ciudad de 45 kilómetros de largo por 25 de ancho, como un desierto...

do liberar, finalmente, a aquellos rehenes.



CONGO

No obstante, a pesar de todo lo que no funciona en el Congo, la prensa comprada y los periodistas sobornables, los funcionarios sobornables, los altos funcionarios traficando con diamantes, hay que reconocer que Mobutu ha impuesto —«he decidido»— una cierta estabilidad al país. El año pasado decretó la subida de salarios, si puede hablarse de subida y de salarios a cifras tan ridículas (entre 60 y 15 francos por mes). Acaba de decidir la reforma monetaria ante el déficit enloquecedor del Estado: 6 mil millones de francos congoleños en el balance de 1966, en una época en que el dólar valía menos de 150 francos congoleños.

cuatro dedos cortados

Con motivo del séptimo aniversario de la independencia, Mobutu resolvió montar una fiesta espléndida, grandiosa, a la africana, que nos obligó a permanecer de pie desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde; hubo guardias republicanos de azul claro y sable desenvainado y desfile de los niños de las escuelas. Pero nosotros no habíamos venido a la fiesta, sino a ver un puente volado a 2.500 kilómetros de la capital, sobre el río Lubudi, entre Kayembe y Mutschatsha. «Un sabotaje económico», se nos había dicho. En cuanto llegamos se nos hizo una presentación televisada de acusados más o menos convincentes, se nos ofreció una conferencia de prensa del Presidente, se nos llevó durante tres días de aeródromo en aeródromo. Al fin pudimos ver el puente, perfectamente volado y a un nuevo acusado belga, exangüe, al que se le habían cortado cuidadosamente cuatro dedos y una oreja, y a un congoleño sospechoso que tenía las manos y la cara quemadas, y que había denunciado a todo el mundo. Esto fue todo lo que pudimos deducir del sabotaje económico.

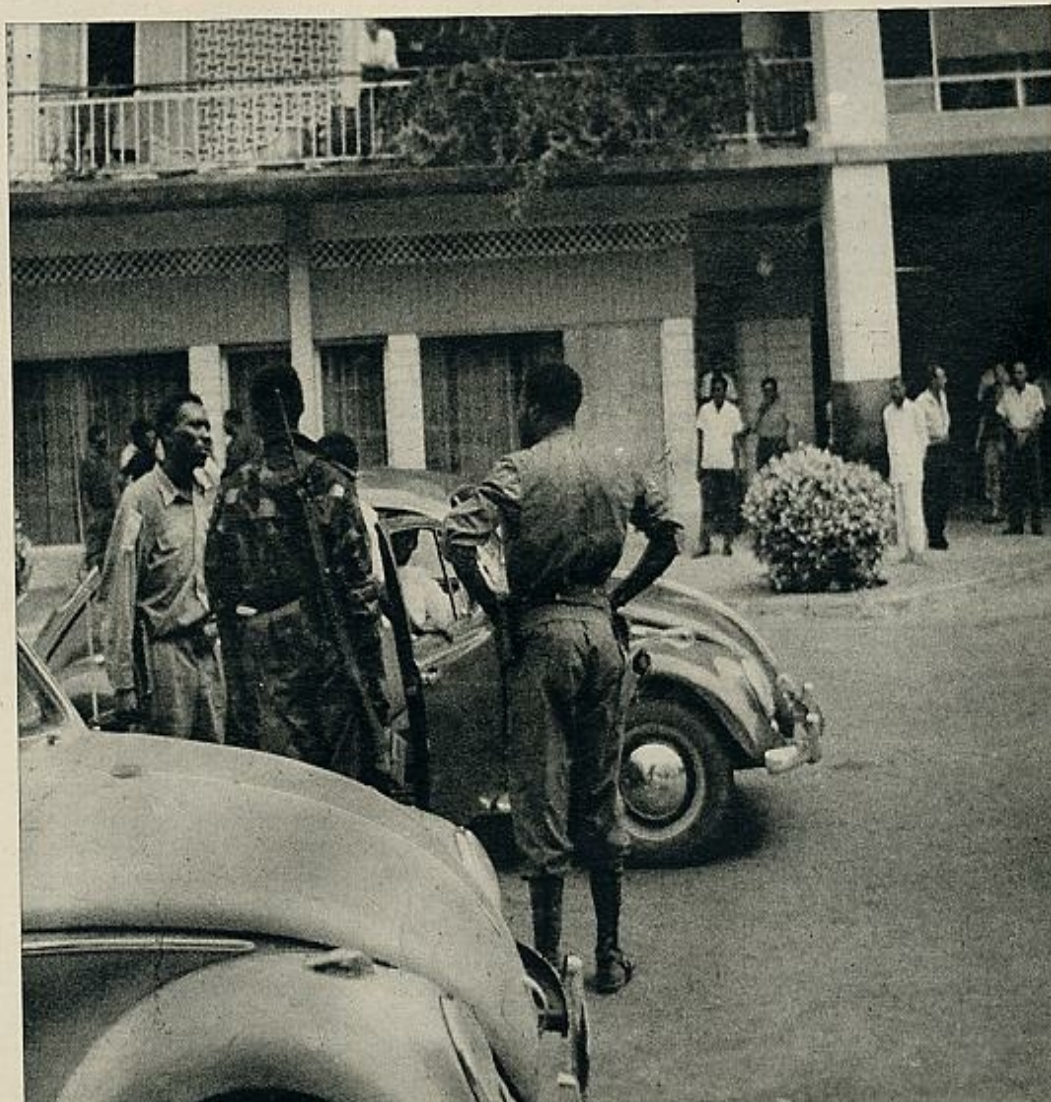
Esta larguísima expedición, un tanto forzada (una vez que sales no puedes arrepentirte), con militares armados y policías encargados de nuestra seguridad, nos enseñó que Mobutu es temido y que es capaz de hacer ejecutar sus órdenes. Habíamos partido el 1 y vuelto el 3 por la tarde... Habíamos probado anticipadamente lo que sucedería dos días después.

KATIA D. KAUPP

(Reportaje gráfico: Reporleas Associés; foto CIFRA)



Dos miembros del Ejército Popular de la República detenidos por soldados katangués. El orden volvió a Kisangani al imponerse el ejército de Mobutu. En la fotografía, soldados del A. N. C. recuperando un coche que había sido robado.



SOBRE una crisis cabalga otra; con el tema de Oriente Medio aún pendiente —y no sólo pendiente, sino llagado, en carne viva, con tiroteos diarios en las nuevas fronteras militares, con todo un nuevo contencioso desplomándose sobre el mundo diplomático—, los delegados del Consejo de Seguridad corren de nuevo a sus puestos para escuchar al Congo, que se queja de una invasión extranjera, de la llegada de mercenarios, probablemente dirigidos por el ya famoso especialista Mike Hoare y, según mantiene Mobutu, adiestrados en Angola, a la antigua y mártir ciudad de Stanleyville —hoy Kisangani— y a la de Bukavu. Los países subdesarrollados siguen siendo víctimas de su propia riqueza, de sus materias primas: el petróleo de Oriente Medio, las minas del Congo; la mayor producción de uranio del mundo, el oro, el cobalto, los diamantes, el cobre...

Ciertos episodios de esta nueva batalla del Congo permanecen aún oscuros. Estamos en plena política de capa y espada, de folletín. El secuestro de Tshombé es un capítulo espectacular.

congo, una voz en el desierto

El hecho político es que la agresión contra el Gobierno del Congo ha comenzado y los combates están en progresión. Esto es, que se ha abierto una nueva crisis mundial. Feodorenko, delegado soviético en la ONU, ha unido en su intervención ante el Consejo de Seguridad la crisis de Oriente Medio a la del Congo. Hay, ciertamente, razones para unirlos; y, por lo tanto, razones para temer por su resultado. ¿A quién acude el Congo en petición de ayuda? En estos momentos, el mundo africano, el mundo árabe, están descuartizados. El mensaje de Mobutu a la Organización de Unidad Africana alude a las «fuerzas del mal extranjeras» y pide la solidaridad africana. Rápidamente ha reanudado las relaciones con El Cairo —estaban rotas precisamente por Tshombé cuando éste era primer ministro, en 1964, y no se habían reanudado nunca—; va a reanudarlas con Argelia —otro dato importante: Tshombé ha ido a parar a un país que no tiene relaciones diplomáticas con el suyo y que, por lo tanto, no tiene tratado de extradición—; ha solicitado ayuda a Etiopía. Hasta ahora no ha tenido más respuesta que la del otro Congo, el que fue francés, que ha ofrecido ya ayuda moral y material. «Los imperialistas —ha dicho el ministro de Estado de Brazzaville, Diaka— han comenzado una nueva agresión. Los africanos deben comprender que está dirigida contra África y este continente no debe dejar que se creen precedentes similares; si hemos de permitir que los extranjeros desembarquen y actúen como les plazca en nuestros países, nadie los impedirá hacer mañana lo mismo en Argelia, en Guinea, o en cualquier otro país». Ciertamente, no parece que nadie esté hoy dispuesto a impedir tales acciones. La situación en estos momentos es tal que más que la apertura de un «neocolonialismo», como el que antaño se estaba denunciando en

EL REGRESO DEL IMPERIALISMO

los congresos del tercer mundo y en los discursos de sus dirigentes, se esté regresando a un colonialismo puro y simple.

el débil tercer mundo

El análisis del voto ocurrido en la Asamblea General de las Naciones Unidas sobre el caso de la guerra del Sinaí es bastante demostrativo en el sentido del desamparo en que se encuentra en estos momentos el mundo del subdesarrollo, que apenas había comenzado a respirar. Aún siendo relativamente moderada la resolución de los países llamados «no comprometidos», ha encontrado nada menos que ocho países africanos en contra, y otros diez han declarado su absten-

ción; tres países subdesarrollados asiáticos se han abstenido también. Las veintidós naciones hispanoamericanas han votado unánimemente en contra... Y sólo cuatro países europeos se han mostrado favorables: España, Francia, Grecia y Chipre. Estos dos últimos, más que por razones de política general, por el apoyo que encuentran en los países árabes para las minorías griegas en Chipre. Lo más interesante de esta votación es la rotura del bloque africano, que demuestra hasta dónde los regímenes actuales se han dejado penetrar no ya por una influencia occidental —puesto que la fuerte influencia francesa ni siquiera ha conseguido alinear junto a sí a los países llamados francófonos—, sino claramente por una influencia directa de los Estados Unidos. Las dos grandes potencias se han equivocado en la pul-

sación de la opinión mundial, o en las posibilidades que tenían de influir sobre ella: la URSS, al pedir la convocatoria de la Asamblea General en la creencia de que la abundancia de países no privilegiados daría un voto favorable a sus compañeros árabes; Estados Unidos, al oponerse a la convocatoria de dicha Asamblea por las mismas creencias.

A la vista de esta votación es difícil creer que las Naciones Unidas puedan ser de alguna utilidad al Congo en su queja contra una invasión extranjera, y que la Organización de Unidad Africana pueda prestarle más socorro que el puramente verbal. Si tiene fuerzas para defenderse, si alguno de sus vecinos inmediatos le prestan alguna ayuda, podrá salir de esta crisis. En caso contrario, perecerá. Tal como está la situación general del mundo en estos momentos, cualquier otra agresión contra los antiguos países colonizados es perfectamente posible. El imperialismo, que pareció barrido a partir de hace diez años, regresa a pasos agigantados. Será un regreso provisional, porque las situaciones naturales son difíciles de borrar, pero provocará, sin duda, un cierto número de situaciones de violencia y las naciones dominadas tendrán que volver a combatir para recuperar su independencia

EDUARDO HARO TEGLEN



TSHOMBE, A UN PASO DE LA HORCA

Moïse Tshombé será entregado al gobierno de Kinshasa si el presidente argelino ratifica el fallo del Tribunal Supremo argelino, según el cual debe ser concedida la extradición del ex primer ministro congoleño. En el Congo se tiene la certidumbre de que Tshombé podrá ser juzgado pronto por la Administración de Kinshasa. Radio Kinshasa ha anunciado, al conocer el fallo del Tribunal Supremo argelino, «el traidor Tshombé estará aquí dentro de pocas horas»; por su parte, Mobutu ha declarado que piensa trasladarse a Argel para agradecer al gobierno argelino esta decisión y, ante las Presiones de Estados Unidos para salvar la vida de Tshombé, ha respondido: «No me arrodillaré ante Johnson». El abogado de Tshombé —Floriot— ha calificado la concesión de la extradición como contraria a todos los principios del Derecho.